



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo XLVIII. De lo que le sucedió á don Quijote con doña Rodriguez la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y memoria eterna.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO XLVIII.

De lo que le sucedió á don Quijote con doña Rodríguez la dueña de la duquesa , con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.



Ademas estaba mohino y melancólico el mal ferido don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballeria. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida),

no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tegiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fue todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha (1) en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro par los araños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmataban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes anteojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente.

(1) Galocha se llamaba, segun Covarrubias, el birrete, solideo, becoquin ó gorro con que se cubria la cabeza. — Arr.

Miróla don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño (1) y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoria, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada



en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: ¡Jesus! ¿que es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á oscuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída.

Don Quijote temeroso comenzó á decir; conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas que es lo que de mí quieres. Si eres alma en

(1) Lo mismo que aliño. — Arr.

pena dimelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballeria andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: señor don Quijote (si es que acaso vuesa merced es don Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

Dígame, señora doña Rodriguez, dijo don Quijote, ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna terciaria? (1) porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre.

¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: si, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola.

Luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿quien sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguiluña; ¿y quien sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna (2) pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida (3) y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo: ¡Oh cuan bien hacia aquella señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus anteojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estátuas como las dueñas verdaderas!

Y diciendo esto se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á don Quijote de mas cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos, dijo: ¿estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

(1) Mediacion entre dos personas para algun ajuste, convenio ó cosa semejante. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Con anteojos. — Arr.

(3) Esto es, afectada y zalamera. — Arr.

Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió don Quijote: y así pregunto, si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quien ó á quien pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó don Quijote, porque yo no soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco mas segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero, dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas: y diciendo esto, besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias.

Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia.

Entróse en fin don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos ni la vela. Don Quijote se acurrucó y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto: y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue don Quijote, diciendo: puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mi escuchada con castos oídos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta.

Es pues el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como ni como no, me trajeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atendida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa madre iglesia católica romana: de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara.

En esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor don Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarle, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte, con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió, volvió las

riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia : ¿ que haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole : seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano á querer ir acompañando el alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldia que en ella estaba (1). Vinose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija á cuestras, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labandera, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias, creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo : canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila (2) como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento : de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas ó menos. En resolucion, desta muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir : y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me hé quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedidole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme ; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Quería pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas ; pues segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables : y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato : y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas : porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recojida, además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado que no hay sufrir el estar junto á ella un momento ; y aun mi señora la duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos.

(1) Esta puerta era una de las mas famosas de Madrid. *Baldia*, significa *vagamunda*, *perdida* y *sin destino*.

(2) Distingüanse en tiempo de Cervantes las danzas de los bailes, que ahora se confunden. Llamábanse danzas los bailes groves y autorizados, como eran *el turdion*, *la pavana*, *madama Orliens*, *el pie del jibao*, *el rey D. Alonso el Bueno*, *el caballero*, etc. Bailes se llaman los populares y truanescos, como eran *la zarabanda*, *la chacona*, *las gambetas*, *el rastrojo*, *el pésame dello y mas*, *la gorróna*, *la pipironda*, *el villano*, *el pollo*, *el hermano Bartolo*, *el quíneo*, *el colorin colorado*, etc. Los nombres de las danzas y bailes se tomaban de las canciones que se cantaban en ellos. — P.

¿Que tiene mi señora la duquesa por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardia con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa Maria! dijo don Quijote; ¿y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud (1).

Apenas acabó don Quijote de decir esta razon, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban ganir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinelá le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podía ser aquello, y estabase quedo y callando, y aun temiendo no

viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fue vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaban tan amenudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, salieron las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera sin decir palabra á don Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo,

do le dejaremos deseoso de saber quien habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

(1) Las fuentes y los sedales en brazo, muslos, piernas, y hasta en el colodrillo, eran muy usados en tiempo de Cervantes, y lo fueron todavía en los años siguientes. Matias de Lera, cirujano de Felipe IV, dice en un tratado sobre la materia, que unos emplean este remedio para curarse enfermedades comunes, otros para preservarse de ellas, y otros en fin, viciosa y únicamente por ir con la moda (Prácticas de fuentes y sus utilidades.)

